

ANTONIO ADAME EXPÓSITO. Colono del año 1999

No vamos a contar aquí la historia de Antonio. Eso sería de locos. Una biografía completa de sus peripecias y de las vicisitudes de su vida necesita de un libro.

Pero el reconocimiento de Colono del Año de este 1999, nos obliga al menos a resaltar algunas de sus impresiones.

La muerte de su madre en 1960, marca sin duda dos etapas, un antes y un después que se ve reflejado en las dos series de hijos, cuanto antes y cuatro después con una diferencia de más de diez.

Como todos los hijos de las primeras décadas de nuestro siglo XX, también probó el campo en todas las facetas que fueron comunes a la infancia de entonces, guardar ganado, arar las besanas en los cortijillos, hacer de albañil, de aceitunero, de pocero... Luego puso su tienda de comestibles, "esta tienda me habría dado de comer toda la vida", dice, mientras recuerda los buenos clientes que tenía entonces. Muchas veces se lleva a los niños con él para el campo, con las vacas, para que permitieran a su mujer y a su madre atender las tareas de la casa y la tienda. "Gracias a las vacas, -añade-, no pasamos hambre y pude criar a mis hijos".

Una idea que no se le irá de la mente es que sus hijos no pasen por el campo ni por los agobios ni los padecimientos de trabajar a jornal. En 1941 (el año de las espinacas), recuerda, después de un día de sol a sol tras la yunta y el arado, ganaba nueve pesetas, que luego pasó a dos duros. En aquellos años vivir del jornal, era poco más que miseria. Por eso a Manolo, el mayor, lo puso a trabajar con Gonzalo Gamero en 1960, para que aprendiera carpintería. "Con un oficio que aprenda el mayor, que él se lo enseñe a sus hermanos".

Junto a esa idea, mantenía también otra: no quería que sus hijos tuvieran que dispersarse por esos mundos. En cuanto pudo, montó la carpintería y logró que sus hijos permanecieran en el pueblo y en algo que no era el campo: "si alguno va al campo, que sea porque le gusta la cacería", se decía a sí mismo.

Aunque durante un tiempo no tuvo más remedio que ser el patrón. *Un padre no debe decir: hasta que no muera no suelto los mangos; hay que saber echarlos pa'lante*. Por eso les fue delegando la responsabilidad a medida que se hacían mayores, pasando los bienes, que iba adquiriendo poco a poco y con no menos esfuerzo, a una sociedad formada por sus hijos.

Ese trabajo de hormiga, lento y penoso, y ese saber hacer, le han valido estar hoy en una posición favorable que no ha sido ningún regalo. Lo de colono del año viene a ser un reconocimiento a esta vida de trabajo que ha permitido a todos los hijos trabajar en lo propio y mantener una serie de empresas en la Colonia, independientes, sí, pero movidas por el gran espíritu cooperativo que, sin saberlo, les inculcó su padre.

Enhorabuena púes, a Antonio y a los que han heredado su espíritu de lucha.